

Dirección espiritual y escucha de Dios
P. Fernando Pascual
22-1-2011

Escuchar a Dios que trabaja en el propio corazón: quizá ese sea el núcleo más importante de toda dirección espiritual, del acompañamiento que permite que una persona ayude a sus hermanos en su vida cristiana.

No siempre es fácil llegar a esa escucha. Miles de rumores nos aturden, nos confunden, hasta ofuscar el alma y cerrar los oídos interiores a la acción de Dios. Pero desde una actitud de apertura y de esperanza, desde un corazón que aprende a romper con lazos que impiden volar y que arrastran hacia la mentalidad del mundo, un bautizado puede disponerse a la acción del Espíritu Santo y entrar en el camino del Evangelio.

La dirección espiritual no puede avanzar desde prisas o imposiciones, desde planes preconcebidos, desde miedos que cierran puertas, desde mentalidades que buscan resultados no según la mente de Dios. El camino de diálogo, tanto de quien acompaña como de quien pide ayuda, ha de abrirse a luces que vienen desde el corazón del Padre, al impulso interior que pide romper con el pecado, con la avaricia, con la pereza, para iniciar un recorrido que acerca al hogar en donde el amor se convierte en la ley definitiva de la propia vida.

Antes, durante y después del diálogo de acompañamiento espiritual, ayuda mucho una actitud de oración. En ella los dos, director y dirigido, piden luz, piden fuerza, piden apertura, piden generosidad.

Luego, el diálogo puede avanzar desde una sana confianza, sin olvidar que a veces se producen situaciones de incompreensión, o que el director o el dirigido pueden equivocarse en sus palabras, o perseguir más de lo que pueden alcanzar, o arriesgarse a dar un paso imprudente porque falta el tiempo necesario para la maduración personal, o caer en una falsa prudencia que deja las cosas como están y amenaza con hundir el corazón en el triste lodo de la tibieza y de la mediocridad.

Desde una actitud de sana paciencia, que también implica estar abiertos a pasos más decisivos y hondos (un compromiso mayor con la parroquia o con algún movimiento católico, la decisión que lleva al sí a Dios cuando uno descubre que es llamado al sacerdocio o a la vida consagrada), la dirección espiritual se convierte en una ayuda magnífica para que la vida cristiana sea, cada vez más, un profundo seguimiento de las huellas de Cristo y una asimilación llena de esperanza del Evangelio.

Es entonces cuando, de verdad, la dirección espiritual llega a dar frutos, porque inicia, continúa y culmina en la actitud básica que caracteriza a todo auténtico cristiano, y que vemos reflejada sobre todo en nuestra Madre de los cielos: la escucha disponible y generosa a lo que Dios pida. “He aquí la esclava del Señor...” (cf. *Lc* 1,38).